

LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

PARTE VIGÉSIMA

LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

POR DON ÁNGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS

INTRODUCCION.

§ I.—Dios inmanente en la humanidad.

I.

“La historia, según Lingard, no es otra cosa que el cuadro de las miserias impuestas á la multitud por las pasiones de algunos hombres,” (1). Pongamos al lado de esta definicion desoladora la que da un ilustre historiador americano. “El órden del universo, dice Bancroft, es un poema divino, eterno cómo la creacion y que las interpolaciones humanas no logran manchar. Los hechos se desenvuelven en sublime armonía, con sujecion al órden prescrito, y así como un artista hábil arranca sonidos armoniosos de las cuerdas del arpa, así el historiador anota los acordes divinos que resuenan en la lira eterna del tiempo.

Esa armonía, sin embargo, no puede percibirse en el mismo instante en que los acontecimientos se producen. La filosofía marcha en pos de los hechos para revelar sus causas y describir sus resultados. Los hechos se encadenan en continua trama. Los hombres, los sistemas, las naciones, la especie en-

tera, todo obedece á la voluntad divina, y descubrimos las huellas de la Providencia desde que una parte de los destinos de la humanidad se ha realizado... Si, en los anales de los tiempos, se puede escribir al pié de cada página: *Dios reina*. Los acontecimientos, á medida que pasan, proclaman su modelo superior; y si se presta atento oído, se percibirá la voz de los siglos que se alejan, y que á medida que ruedan en los oscuros abismos de los tiempos desvanecidos, cantan entre los innumerables coros de los ángeles: *Te Deum laudamus*, alabámoste, Señor,” (1).

La historia es un poema divino para el historiador protestante, y ve por todas partes la mano de Dios; si algunas veces esta mano parece oculta, consiste sólo en que la vista del hombre, en su debilidad, no la descubre. El historiador católico, por el contrario, cree que el mundo es obligada presa de todas las malas pasiones, opinion que conduce á hacer de la historia el imperio de Satan. ¿Cuál de los dos tiene razon? El desesperamiento,

(1) LINGARD, *Historia de Inglaterra*, t. I, p. 68.

(1) BANCROFT, Discurso pronunciado en 1856 ante la Sociedad histórica de New-York (*La libre investigación*, t. II, p. 421).

que sólo ve en los anales de la humanidad el imperio constante del mal, se comprende en los que niegan á Dios, porque esta negacion equivale á negar todo orden y toda ley, excepto la del azar, palabra vacía de sentido. Pero los escritores que adoran á Dios y su Providencia en la naturaleza y en el hombre, ¿cómo pueden desterrar á Dios de la historia? "¿Cabe, exclama un filósofo acusado por los católicos de panteísta y ateo (1), cabe alabar la divinidad en la creacion, extasiarse ante un animal ó ante una planta, admirar hasta en la materia inerte la omnipotencia del que todo lo ha ordenado con sabiduría infinita, y, sin embargo, admitir que Dios está ausente en la historia? ¿Ocuparse Dios con solicitud del gusano más despreciable, y dejará olvidado al hombre, sin el cual carecería de sentido el universo? La contradicción es aún más flagrante y el absurdo más grande cuando, por una parte, se acepta, como deben hacerlo los escritores católicos, que Dios regula los destinos de los individuos y hasta los movimientos más insignificantes de su existencia, y por otra parte, se rechaza su intervencion en los grandes acontecimientos que registra la historia. ¿Acaso no es el hombre el artista de esos grandes trastornos que son en el orden moral lo que en el físico los huracanes? El hombre hace la historia. Si Dios está en el hombre, ¿cómo no ha de estar también en la historia?

Vamos á oír la voz de la humanidad. Desde que hay un pasado, una historia, y desde que la humanidad comienza á meditar sobre sus destinos, hace intervenir á Dios y sabe que no podría vivir sin su accion incesante, como no podría vivir la planta sin la accion continua del sol. Desde que hay una filosofía, hay también una filosofía de la historia, y sus primeros acentos son una adoracion de la Providencia. Oigamos al divino Platon: "Un amigo de Sócrates leía en su presencia, en un libro de Anaxágoras, que la inteligencia es la ordenadora y el principio de todas las cosas. Entusiasmado el filósofo, se dijo que, de ser así, la inteligencia había ordenado y dispuesto todo en el mejor orden posible," (2). Aquí se ve que el primer grito que el estudio de la naturaleza y del hombre arranca á la filosofía es un grito de confianza y de amor. Re-

(1) HEGEL. *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, página 20.

(2) PLATON, *Phaedon*, p. 97, C.

quiérense siglos para que el espíritu humano desenvuelva las infinitas consecuencias que encierra la frase profunda de Anaxágoras, comentada por Sócrates; pero, á través de nuestras miserias, no perdamos la esperanza, y con ella la certeza de un porvenir que irá siempre perfeccionándose bajo la mano de Dios.

En la antigüedad, la frase de Anaxágoras no pasó del estado de germen; formulábase más bien como el instinto de la ley que rige á la humanidad que como la percepción clara del gobierno providencial. Los antiguos no apreciaron la accion de Dios en los destinos del género humano sino bajo la forma de justicia divina, y esta apreciacion cae dentro del orden natural. Con efecto, la primera necesidad de las sociedades nacientes estriba en que el orden y la tranquilidad se mantengan, en que el derecho se respete. Los hombres no tardaron en comprender que había una justicia más alta que la que entre ellos reinaba, que la justicia humana es sólo reflejo de la divina. Los poetas, esos profetas de la antigüedad pagana, llevaron al teatro esta beneficiosa creencia. Eurípides, discípulo de Anaxágoras, profesaba el dogma de su maestro. Otro poeta filósofo, algun tiempo ántes, había ya demostrado la intervencion de la mano de Dios en la vida, así de los pueblos como de los hombres que los gobernaban. Esquilo, que cantó la victoria de los Griegos sobre los Bárbaros de Oriente en su tragedia *Los Persas*, ve en la derrota de éstos la expiacion de su orgullo insensato y de su desprecio á los dioses. En el lenguaje moderno, dirémos con el poeta que la Providencia ha señalado al poder de las naciones límites que en vano tratan de rebasar, y que las tentativas de monarquía universal traen por consecuencia calamidades sin cuento sobre los conquistadores. Hé aquí una ley de lo que llamamos hoy filosofía de la historia. Esquilo desconocía la palabra, pero inauguraba la idea, relacionando las desgracias que afligen á los pueblos con la accion de Dios. "Algunos han negado, dice el poeta, que los dioses se dignaran ocuparse de los hombres que pisotean las más santas leyes: quien tal piense es un impío. Más de una vez han tenido ocasion para estimarlo así los hijos de aquellos que acometian empresas injustas y que se consagraban á la guerra con excesivo ardor," (1).

(1) ESQUILO, *Agamenon*, v. 355-376.—Véase mi *Estudio sobre la Grecia*.

Los historiadores griegos son más narradores que filósofos; sin embargo, y no deja de ser notable, en Herodoto, el sencillo cronista, encontramos también la idea de la justicia divina. Esquilo cantó la derrota de los Persas; su tragedia es una magnífica glorificacion de Dios y de su justicia. Herodoto expresa el mismo pensamiento diciendo que la divinidad se complace en abatir todo lo que se eleva demasiado. Hay, pues, dioses que se ocupan de las cosas humanas; las naciones que combaten por el derecho y la libertad son por ellos favorecidas; pero Némesis persigue con sus justas venganzas á las que abusan de su poder para dar rienda suelta á las malas pasiones (1). Al considerar un personaje que ha tenido un fin funesto, ve siempre intervenir la mano vengadora de Dios. Ciertamente que estos juicios conducen á abusos, porque son temerarios; mas ¿habrémos por ello de decir que es preciso desterrar á Dios de la historia? Herodoto estaba en lo cierto, por más que en sus apreciaciones se equivocara. No hay sociedad posible sin orden moral, y este orden implica la justicia de Dios.

La justicia de Dios es sólo una de las fases del gobierno divino. Pero Dios no es justicia únicamente; es, ante todo, Providencia; es decir, que dirige los destinos así de los pueblos como de los individuos. Hé aquí una de las grandes leyes de la filosofía de la historia. Los antiguos no la apreciaron por más de una razon. En primer lugar, faltábales la ley del progreso; luego no veían en las guerras incesantes que llenaban la vida de los pueblos sino el imperio de la fuerza. Si por una parte estaban convencidos de que los hombres de violencia expían tarde ó temprano sus crímenes, por otra no contrarestaban el dominio de la fuerza; así la historia se reducía á un círculo fatal de calamidades y de expiaciones sin salida y sin solucion. El fundamento de que la idea de la justicia de Dios preocupase á los antiguos más que la de su Providencia estriba en que no fueron testigos de una de esas inmensas revoluciones que al conmover al mundo lo renuevan. Con el advenimiento del cristianismo y la invasion de los Bárbaros creyeron que el fin del mundo se aproximaba, cuando, por el contrario, esos acontecimientos marcaban el

(1) Sobre la idea de la justicia divina en Herodoto, véase mi *Estudio sobre la Grecia*.

principio de una nueva era. Por último, para concebir una filosofía de los hechos históricos faltaba á los antiguos la creencia de la unidad del género humano. En los momentos en que los Bárbaros iban á poner término al imperio de Roma, todavía los Griegos y los Romanos los despreciaban como razas inferiores, nacidas sólo para servir á una raza escogida. En este orden de ideas no cabía ni sospechar que una misma ley pudiese regir lo mismo á los señores que á los esclavos. La filosofía de la historia era, por tanto, imposible.

II.

El cristianismo dió la creencia de la unidad humana y enseñó que el género humano desciende de un solo hombre, que los diversos pueblos pertenecen á una misma especie y que forman una sola familia. Cabe, por tanto, una ley comun que los rija: esta ley es el gobierno providencial. Era difícil á los antiguos elevarse á semejante idea, que ni aun para los individuos admitían. La fatalidad dominaba tanto á los hombres como á los dioses: confesion palpable de ignorancia. Faltaba un lazo íntimo entre los dioses del Olimpo y los hombres para que la humanidad pudiese apreciar la accion de aquéllos en sus destinos. Así, é importa consignarlo, los antiguos no concibieron la nocion de un gobierno providencial, porque tenían una idea falsa de Dios. Jesucristo realizó un inmenso progreso enseñando á los hombres que Dios era amor y providencia. Transcribamos las frases célebres que inauguraron el nuevo orden de cosas:

"No os preocupéis del alimento para sostener la vida, ni del vestido para cubrir el cuerpo. Los pájaros del aire no siembran ni cosechan, y vuestro Padre celestial les da lo necesario. ¿Acaso no valeis más que ellos?

"¿Y por qué os preocupais del vestido? Contemplad cómo crecen los lirios de los campos; no hilan ni trabajan, y, sin embargo, Salomon, en toda su gloria, no estuvo vestido como ellos. Si Dios viste así la hierba de los campos que nace un día y al otro es arrojada al horno, ¿qué no hará por vosotros, hombres de poca fe? (1).

"¿No se venden dos pájaros por un óbolo? Sin

(1) SAN MATEO, VI, 25, 26, 28, 29, 30.